

RACONTOS

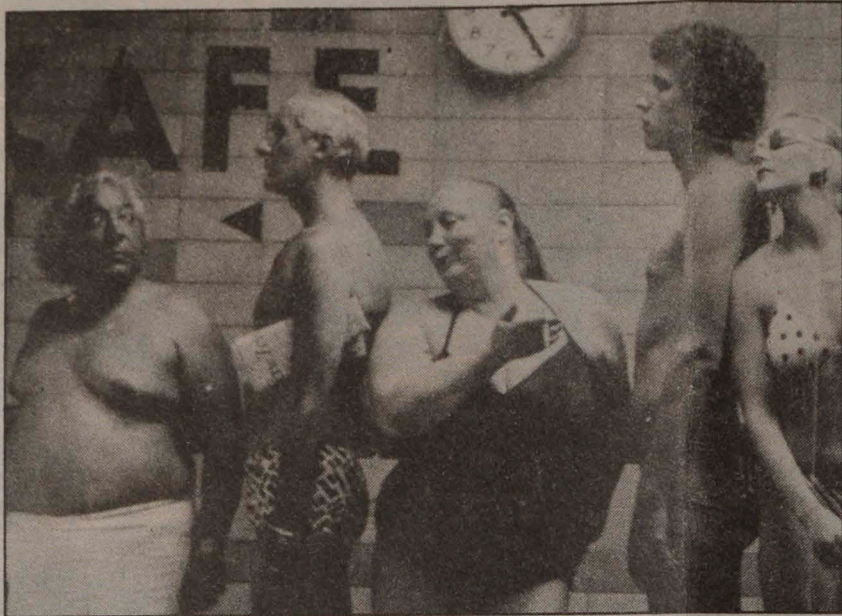
SERGIO VODANOVIC

Las preferimos con rollitos

En un diario de la capital apareció un aviso en que se lee: "ELLOS LAS PREFIEREN SIN ROLLITOS". Tan temeraria, antojadiza como absurda afirmación carece del respaldo de las fuentes en que se asienta, y más bien parece formar parte de la confabulación internacional destinada a suprimir en la anatomía femenina sus más preciadas cualidades, como son las redondeces, las curvas y también esos delicados pliegues en torno a las caderas vulgarmente llamados "rollitos".

Como ni la Comisión de Ética de los publicistas ni la Asociación de Admiradores de Rubens, a la que me honra pertenecer, han salido al paso de este perverso aviso, me siento en la obligación de escribir este desmentido.

Vamos a comenzar por el arte y para ello no sólo hay que evocar a Rubens, sino también a Tiziano, Boticelli, Rembrandt y al excelso Botero. Cuando quisieron inmortalizar en su arte la belleza femenina, todos las exhibieron generosas en carnes ahitas de redondeces. Los grandes pintores clásicos se solazaron recreando el primer concurso de belleza de



la historia, el juicio de Paris aquilatando las cualidades físicas de las Tres Gracias. ¿Y hay alguien que recuerde a las Tres Gracias como unas flacas? Por cierto que Modigliani, ese pintor de mujeres flacuchentas, jamás intentó pintar el juicio de Paris porque, de haberlo hecho, habría quedado en evidencia que la competencia, en vez de ser de las Tres Gracias, habría sido de las

Tres Desgracias y el jurado habría declarado desierto el concurso.

Y si del gran arte pasamos a la cultura popular, recordemos esa canción que cantaba la vitalidad y belleza de la gorda que bailaba el twist. En cambio, cuando el poeta popular quiso patentizar la degradación y la fealdad de una mujer, escribió: "Flaca, tres cuartas de cogote, una percha en el

escote bajo la nuez".

¿Hay algo más dulce, más tierno que decirle "Gordita" a la mujer amada? ¿Puede compararse ese cálido e insinuante "gordita" con la dureza que subyace en la expresión, a pesar del diminutivo, si uno osa llamar a su enamorada como "Flaquita"?

Digámoslo de una vez: esta confabulación contra las redondeces femeninas y esta mórbida exaltación de la flacura provienen de los modistos, que en su gran mayoría son "gays" y pretenden equiparar los cuerpos del sexo bello con los del sexo feo. Y tras ellos, un ejército de dietistas, masajistas, sedicentes expertos en belleza y estética, que hacen pingües negocios haciendo desaparecer los atributos más excelsos de la belleza femenina.

No son sólo las mujeres las víctimas de esta sórdida confabulación. La campaña se ha extendido también a los hombres e, increíblemente, también a los animales. ¿Quién habría dicho que

nuestro suculento chanco de campo iba también a sufrir esta embestida? Hoy se publicita impudicamente el "nuevo cerdo", y quien haya comido un costillar de este engendro de la tecnología tendrá que reconocer que no tiene nada que ver con esos costillares en que la grasa derretida cubría esas exquisitas costillas de los chanchos antiguos y que constituían uno de los manjares de la cocina chilena.

No obstante, creo que hay lugar para el optimismo. La razón y la estética prevalecerán pese a esos arteros ataques. Ya mentes preclaras están reaccionando. José Donoso anuncia el próximo lanzamiento de su última novela, cuya protagonista es una gorda exquisita (aunque el adjetivo de exquisita sea una redundancia).

No me cabe duda de que el libro de Donoso será un gran best seller, y será una expresión, como lo es toda obra de arte, de los deseos colectivos subyacentes que han sido reprimidos por una publicidad mentirosa.

Afirmémoslo sin rubor: "Nosotros las preferimos con rollitos".

GREMIOS

CARLOS VASQUEZ ORDENES

No hay reforma sin los profesores

La difusión de datos sobre el bajo nivel de aprendizaje en la educación media sólo consigue el propósito de escandalizar. Esa necesidad de alarmar refleja la distancia que hay entre la burocracia del Mineduc y los problemas cotidianos que enfrenta el profesor, y la visión estrecha que tienen los tecnócratas acerca del sentido de educar, pues un individuo con elevados logros de aprendizaje no es necesariamente un individuo social y moralmente ajustado. Mejorar la enseñanza en función de mejorar la calidad de vida de los ciudadanos es una finalidad de fácil consenso, pero carece de alma si no exigimos que la educación mejore a los seres humanos.

Los fríos porcentajes no pueden analizarse al margen de las condiciones en que se realiza la docencia.

No cabe esperar que la educación mejore cuando sólo se gastan unos 10 mil pesos al mes por alumno, se paga al profesor 650 pesos la hora, los medios didácticos son insuficientes, la supervisión no es un real apoyo para la docencia y, lo que es peor, cuando no se entiende que cualquier cambio curricular exige reconocer la rica experiencia de aula de los

maestros.

La experiencia docente debe ser la base para introducir nuevos contenidos y métodos, en un proceso donde converjan las necesidades de desarrollo del país, las tendencias pedagógicas modernas y la sistematización de la labor docente.

Es sorprendente que quienes van a liderar la reforma muestren tan alto grado de desorientación. En efecto, junto con reconocer que "los actuales programas son anacrónicos y precarios", pretenden escandalizar por el bajo aprendizaje. ¿Para qué obstinarse entonces en sumir en el anacronismo y la precariedad a nuestros jóvenes? ¿Por qué no incentivar la audacia de los maestros para que estos definan colectivamente, sin la tutela oficial, pero sí con su apoyo, los contenidos curriculares que permitan superar ese anacronismo y precariedad?

La autoridad refleja un desconocimiento de las prácticas pedagógicas cuando sostiene que lo usual en ellas "es el monótono dictado". Si así fuere, ¿por qué el Mineduc no ha modificado esas prácticas? ¿Por qué los cientos de funcionarios cuya obligación es supervisar el sistema

educativo nada han hecho? ¿Qué nos asegura, por otra parte, que podrán llevar adelante la actual reforma?

Se podrá calificar de corporativista esta posición del Colegio de Profesores; pero los padres saben de los desvelos del maestro para que sus hijos tengan los útiles necesarios, incluso desprendiéndose de sus exiguos ingresos; para que coman más; armonicen la relación con sus padres;

superen las secuelas del maltrato familiar y los efectos de la separación de sus padres; reciban orientación para evitar el embarazo, o para no caer en la delincuencia o en las drogas, o no tomen la fatal determinación del suicidio.

Ya que su deseo es cuantificar, ¿por qué no estudiar cuántos seres humanos ha salvado la escuela? Sobre esa realidad los

maestros queremos trabajar: estamos plenamente dispuestos a participar en el mejoramiento de la educación, pero no se nos pida que abandonemos al niño que nos pide protección u orientación.

En definitiva, proclamamos que la reforma no puede hacerse sin los profesores, porque somos los que más sabemos de educación.

Profesor.

